

JOHN LE CARRÉ

UN TRAIADOR COMO
LOS NUESTROS



UN TRAIADOR COMO LOS NUESTROS

JOHN LE
CARRÉ
UN TRAIADOR COMO
LOS NUESTROS

Traducción de
Carlos Milla Soler

PLAZA  JANÉS

Título original: *Our Kind of Traitor*

Primera edición: octubre, 2010

© 2010, David Cornwell

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Carlos Milla Soler, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33903-5

Depósito legal: M.34.597-2010

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso y encuadernado en Dédalo Offset

Ctra. Pinto a Fuenlabrada, s/n

28320 Pinto (Madrid)

L 3 3 9 0 3 5

*En recuerdo de
Simon Channing Williams,
cineasta, mago,
hombre de honor*

En este caso, los príncipes aborrecen al traidor pero gustan de la traición.

SAMUEL DANIEL

1

A las siete de una mañana caribeña, en la isla de Antigua, un tal Peregrine Makepiece, más conocido como Perry, versátil deportista amateur de mérito y hasta fecha reciente profesor de literatura inglesa en un distinguido colegio universitario de Oxford, jugaba un partido de tenis a tres sets contra un cincuentón musculoso, erguido de espalda, calvo, de ojos castaños y porte regio, que se llamaba Dima y era por entonces de nacionalidad incierta. Las circunstancias que propiciaron dicho encuentro fueron enseguida objeto de intenso escrutinio por parte de los agentes británicos profesionalmente contrarios a la mecánica del azar. Y sin embargo, no podía atribuirse a Perry culpa alguna en los sucesos que llevaron a aquello.

Al despuntar el día de su trigésimo aniversario, hacía ya tres meses, se desencadenó en Perry un cambio vital que, de manera inconsciente, venía fraguándose en él a lo largo del último año poco más o menos. A las ocho de la mañana, sentado con la cabeza entre las manos en su modesto estudio de Oxford, después de correr doce kilómetros que de nada habían servido para mitigar su sensación de calamidad, llevó a cabo un acto de introspección a fin de saber cuáles eran sus logros personales una vez concluido el primer tercio de su vida natural, aparte de encontrar un pretexto para no aventurarse en el mundo más allá de las agujas de ensueño de esa ciudad.

¿Por qué?

Visto desde fuera, lo suyo era el colmo del éxito académico. Hijo de dos profesores de secundaria a quienes el activismo político había privado de una mejor posición, formado siempre en la enseñanza pública, llega a Oxford procedente de la Universidad de Londres colmado de honores académicos y ocupa una plaza por tres años, que le otorga una antiquísima y rica institución universitaria orientada al máximo rendimiento. Su nombre de pila, reservado tradicionalmente a las clases altas inglesas, procede de un prelado metodista del siglo XIX, Arthur Peregrine, de Huddersfield, proclive a las soflamas incendiarias.

En los períodos lectivos, durante los ratos que no dedica a la labor docente, descuella como corredor de campo a través y deportista en general. En sus tardes libres, echa una mano en el área juvenil del centro cívico local. En vacaciones, conquista difíciles cimas y acomete escaladas más que respetables. Y sin embargo, cuando la universidad le ofrece una plaza fija —o lo que es lo mismo, desde su ácido modo de pensar actual, la prisión a perpetuidad—, se resiste.

Una vez más: ¿por qué?

El trimestre anterior había impartido un ciclo de charlas sobre George Orwell bajo el título «Una Gran Bretaña asfixiada», y hasta él se había alarmado de su propia retórica. ¿Habría considerado Orwell posible que las mismas voces sobrealimentadas que lo acosaban en la década de los treinta, la misma lesiva incompetencia, la adicción a las guerras extranjeras y la presunción de prerrogativas perdurasen aún, tan campantes, en 2009?

Al no detectar respuesta alguna en los perplejos rostros de los alumnos, la proporcionó él mismo: no, Orwell no se lo habría creído, categóricamente. O si se lo hubiera creído, se habría echado a la calle. Habría roto no pocos cristales.

Discutió el asunto a fondo y sin miramientos con Gail, su novia desde hacía ya tiempo, tumbados ambos en la cama después de una cena de cumpleaños en el piso de Primrose Hill, que ella había heredado de su padre, y que este, por lo demás sin blanca, había comprado a precio de ganga cuando la zona andaba de capa caída.

—No me gustan los profesores de universidad, ni me gusta serlo yo. No me gusta el mundo académico, y si no vuelvo a ponerme nunca más esa toga del carajo, me sentiré un hombre libre —declaró en su reniego, dirigiéndose a la mata de pelo triqueño plácidamente instalada sobre su hombro. Y como no obtuvo más contestación que un comprensivo ronroneo—: ¿Qué? ¿Soltar el rollo de Byron, Keats y Wordsworth delante de una pandilla de estudiantes aburridos sin más ambición que sacarse el título, tirarse a quien sea y hacer dinero? Objetivo alcanzado. Eso ya me lo conozco. A la mierda. —Y aumentando las probabilidades—: Ahora mismo, solo una revolución del carajo me animaría a quedarme en este país.

Gail, una abogada joven y animosa en plena pujanza, dotada tanto de belleza como de una lengua muy suelta —a veces un poco demasiado suelta para su propio bienestar, y el de Perry—, le aseguró que ninguna revolución estaría completa sin él.

Los dos eran huérfanos de facto. Si los padres de Perry habían sido la encarnación misma de la abstinencia por principio, los de Gail eran todo lo contrario. Su padre, actor de una inutilidad adorable, había muerto prematuramente a causa del alcohol, tres paquetes de tabaco al día y una pasión inmerecida por su casquivana esposa. Su madre había abandonado el domicilio familiar cuando Gail tenía trece años, y ahora, según se creía, llevaba una vida sencilla en la Costa Brava con un segundo cámara.

La primera reacción de Perry tras su decisión trascendental de volver la espalda al mundo académico —irrevocable, como todas las decisiones trascendentales de Perry— fue retornar a sus raíces. El hijo único de Dora y Alfred se situaría allí donde ellos tenían depositadas sus convicciones. Reiniciaría su trayectoria docente desde el punto en que ellos se habían visto obligados a abandonar la suya.

Dejaría ya de jugar a joven promesa de la intelectualidad, cursaría estudios de magisterio como Dios manda, igual que sus padres, sacaría el título de profesor de enseñanza media y solicitaría plaza en alguna de las zonas más desfavorecidas del país.

Daría clase de las asignaturas básicas, además de ocuparse de los entrenamientos en cualquier deporte que le asignasen, al servicio de niños que lo necesitaban para alcanzar la realización personal, y no como pasaporte a la prosperidad de las clases medias.

Pero Gail no se alarmaba ante esta perspectiva tanto como acaso él pretendiera. Al margen de su firme determinación de situarse en el «crudo centro de la vida», allí seguían otras versiones de él jamás reconciliadas, y Gail se hallaba en buenas relaciones con la mayoría de ellas:

Sí, estaba Perry el estudiante autoflagelado de la Universidad de Londres, donde se habían conocido, quien a la manera de T. E. Lawrence cogió su bicicleta en vacaciones y se echó a rodar por los caminos hasta caer rendido de cansancio.

Y sí, estaba Perry el aventurero alpino, el Perry que no era capaz de disputar una carrera o participar en un juego, ya fuera las sillas musicales con sus sobrinos en Navidad o un partido de rugby a siete, sin la necesidad compulsiva de ganar.

Pero también estaba, para alivio de Gail, Perry el sibarita encubierto que, en inesperados arranques, se entregaba a tal o

cual lujo antes de volver sin pérdida de tiempo a su buhardilla. Y ese era el Perry que se encontraba ahora en Antigua, en la mejor pista de tenis del mejor complejo hotelero bajo los efectos de la recesión, aquella mañana de mayo, temprano, antes de que el sol estuviese ya demasiado alto para jugar, con el tal Dima a un lado de la red y Perry al otro, y Gail que, sin más ropa que un bañador, una pamea y un exiguo pareo de seda, permanecía sentada entre la insólita concurrencia de espectadores de mirada mortecina, en apariencia comprometidos por un juramento colectivo a no sonreír ni hablar ni manifestar el menor interés en el partido que se veían obligados a presenciar.

Fue una suerte, en opinión de Gail, que la aventura caribeña estuviese ya planeada antes de la impulsiva decisión trascendental de Perry. El punto de partida se remontaba al tétrico noviembre en que el padre de Perry sucumbió al mismo tipo de cáncer que se había llevado a su madre dos años antes, dejando a Perry, para su bochorno, en una situación de módica holgura. En manifiesto desacuerdo con la transmisión hereditaria de la riqueza, y debatiéndose en la duda de si donarlo todo a los pobres o no, Perry se vio ante un dilema. Pero después de la campaña de desgaste emprendida por Gail, optaron por unas vacaciones bajo el sol en un hotel con pistas de tenis, una de esas bicocas que se dan una sola vez en la vida.

Y ningunas vacaciones podrían haberse planeado más oportunamente, como al final se vio, pues cuando estaban ya en camino, tenían ante sí grandes decisiones que tomar:

¿Qué debía hacer Perry con su vida, y debían hacerlo los dos juntos?

¿Debía Gail renunciar a la abogacía y lanzarse ciegamente al vacío detrás de él? ¿O debía perseverar en su meteórica carrera en Londres?

¿O acaso había llegado el momento de reconocer que su ca-

rrera no era más meteórica que la de la mayoría de los abogados, y debía por tanto quedarse embarazada, que era a lo que Perry siempre la exhortaba?

Y si bien Gail, por picardía o en defensa propia, tenía la costumbre de convertir las preguntas grandes en pequeñas, no podía negarse que a todas luces se hallaban los dos, juntos y por separado, ante encrucijadas de la vida, con mucho que meditar, ni podía negarse que teóricamente diez días en Antigua les proporcionarían el marco ideal para hacerlo.

Su vuelo salió con retraso, y no llegaron al hotel hasta pasadas las doce de la noche. Ambrose, el ubicuo supervisor del establecimiento, los acompañó a su bungalow. Se levantaron tarde, y cuando terminaron de desayunar en la terraza, el sol calentaba ya demasiado para jugar al tenis. Nadaron en la playa, vacía en sus tres cuartas partes, comieron solos junto a la piscina, hicieron el amor lánguidamente a la hora de la siesta, y a las seis de la tarde se presentaron en la tienda del club, descansados, felices e impacientes por jugar.

Visto a lo lejos, el complejo hotelero se reducía a un puñado de casitas blancas diseminadas a lo largo de unos dos kilómetros de playa, en forma de herradura y con esa proverbial arena fina como el talco. La delimitaban dos promontorios de roca con matorrales dispersos. Entre uno y otro se extendían un arrecife de coral y una hilera de boyas fluorescentes para repeler a los yates a motor inoportunos. Y en recónditos rellanos de tierra en la ladera del monte estaban las pistas de tenis, aptas para campeonatos. Una estrecha escalera con peldaños de piedra ascendía tortuosamente entre arbustos en flor hasta la puerta de la tienda del club. Al cruzarla, uno accedía al paraíso del tenista, razón por la que Perry y Gail habían elegido aquel lugar.

Disponía de cinco pistas, amén de la pista central. Las pelotas de competición se guardaban en frigoríficos. Expuestas en

las vitrinas estaban las copas de plata con los nombres de los campeones de antaño que habían jugado allí, y uno de ellos era Mark, el profesional residente, un australiano con unos kilos de más.

—¿Y de qué nivel hablamos, si no es indiscreción? —preguntó con afectado refinamiento mientras examinaba las fogueadas raquetas, los gruesos calcetines y las zapatillas de tenis de Perry, gastadas pero aún aprovechables, así como el escote de Gail.

Para ser dos personas que ya habían dejado atrás la primera juventud pero estaban aún en la flor de la vida, Perry y Gail formaban una pareja muy atractiva. La naturaleza había concedido a Gail unas piernas y unos brazos largos y bien torneados, pechos pequeños y turgentes, un cuerpo grácil, una piel inglesa y un magnífico cabello dorado, además de una sonrisa capaz de iluminar los rincones más tenebrosos de la vida. Perry ofrecía un aspecto también muy inglés pero de otra índole: poco garboso y en apariencia desmadejado, cuello largo y nuez prominente. Le sobresalían mucho las orejas, y con su andar premioso, parecía tambalearse. De niño, en su escuela pública le habían puesto el hiriente mote de «Jirafa», hasta que los insensatos proclives a llamarlo así aprendieron la lección. Pero con la madurez adquirió —sin tener conciencia de ello, por lo que resultaba aún más digno de admiración— cierta gallardía, precaria pero indudable. Tenía una mata de rizos castaños, frente pecosa, y unos ojos grandes —detrás de unas gafas— que le conferían un aire de perplejidad angélica.

Desconfiando de la capacidad de Perry para el autobombo, y en actitud tan protectora como siempre, Gail asumió la responsabilidad de contestar al profesional residente:

—Perry juega la fase previa en Queen's, y una vez accedió a la primera ronda del torneo, ¿eh que sí? De hecho, llegaste a entrar en el Masters. Y eso después de romperse la pierna esquian-do y pasar seis meses sin jugar —añadió con orgullo.

—¿Y usted, señora, si no es mucho atrevimiento? —preguntó Mark, el obsequioso profesional, con cierto retintín en el «señora» que no acabó de gustar a Gail.

—Yo no le llego a la suela del zapato —respondió sin inmutarse, a lo que Perry dijo: «Chorradas», y el australiano sorbió aire entre los dientes, movió la pesada cabeza en un gesto de incredulidad y pasó las desordenadas hojas de su registro.

—Veamos, tengo aquí a una pareja que quizá les venga bien —dijo, enjugándose el sudor de la frente con una toalla de tenis mugrienta—. Les dan cien vueltas a los otros huéspedes, eso se lo digo desde ya. Aunque, para serles sincero, tampoco es que tenga infinidad de gente donde elegir. Igual ustedes cuatro deberían tantearse.

Resultó que sus adversarios eran una pareja india de Mumbai en luna de miel. La pista central estaba ocupada, pero la pista 1 no. Pronto se acercaron a verlos calentar personas de paso y jugadores de otras pistas: fluidos golpes desde la línea de fondo, *passing shots* a los que nadie corría, algún *smash* desde la red sin respuesta. Perry y Gail ganaron el sorteo del saque inicial, Perry cedió el primer servicio a Gail, que cometió dos dobles faltas, y perdieron el juego. A continuación sacó la novia india. El partido mantuvo un tono pausado.

Solo cuando Perry empezó a sacar se puso de manifiesto claramente la calidad de su tenis. Su primer servicio tenía altura y fuerza, y cuando entró, poco podía hacerse para devolverlo. Se anotó cuatro tantos de saque consecutivos. El público fue en aumento; los jugadores eran jóvenes y atractivos; los recogepelotas descubrieron nuevos niveles de energía. Hacia el final del primer set, Mark, el profesional residente, se dejó caer por allí como quien no quiere la cosa para echar un vistazo, se quedó durante tres juegos y por fin, con semblante pensativo, regresó a su tienda.

Después de un largo segundo set, estaban empatados a uno.

En el tercer y definitivo set, Perry y Gail se situaron con una ventaja de cuatro a tres. Y si bien Gail tendió a la cautela, Perry a esas alturas del encuentro iba ya a por todas, y la pareja india no volvió a ganar otro juego en lo que quedaba de partido.

Los espectadores se dispersaron. Los cuatro jugadores se quedaron allí para intercambiar cumplidos, acordar una revancha, ¿y quedar tal vez a tomar una copa en el bar esa noche? ¡Cómo no! Los indios se marcharon mientras Perry y Gail recogían sus raquetas de repuesto y sus jerséis.

En eso volvió a la cancha el profesional australiano, acompañado de un hombre musculoso, muy erguido, ancho de pecho y totalmente calvo, que lucía un reloj Rolex de oro con diamantes incrustados y llevaba un pantalón de chándal gris ceñido a la cintura mediante un cordón atado con una lazada.

Por qué Perry reparó primero en la lazada de su cintura y después en el resto del individuo tiene fácil explicación. En ese momento estaba a medio cambiarse las zapatillas de tenis viejas pero cómodas por un par de playeras con suela de cáñamo, y seguía aún agachado cuando oyó pronunciar su nombre. Así las cosas, alzó lentamente su cabeza alargada, como suelen hacer los hombres altos y angulosos, y advirtió primero unas alpargatas de piel en unos pies pequeños, casi femeninos, separados como los de un pirata, luego unas robustas pantorrillas bajo un chándal gris y, más arriba, la lazada del cordel que mantenía en alto el pantalón, con un nudo doble, como debía ser dada su notable área de responsabilidad.

Y por encima de la lazada, una selecta camisa de algodón carmesí, que envolvía un torso colosal, donde abdomen y pecho no parecían diferenciarse, con un cuello de estilo oriental que, abrochado, habría parecido un collarín de eclesiástico en versión recortada, solo que en modo alguno habría podido abarcar el musculoso cuello que contenía.

Y por encima del cuello, ladeado en gesto de ruego, con las cejas enarcadas en actitud invitadora, el rostro terso de un cincuentón calvo, de ojos castaños y mirada melancólica, desplegaba una radiante sonrisa de delfín. La ausencia de arrugas no inducía a pensar en inexperiencia sino todo lo contrario. Era un rostro que a Perry, el amante de la aventura al aire libre, se le antojó moldeado para la vida: el rostro, dijo a Gail mucho tiempo después, de un «hombre forjado», otra definición a la que él aspiraba para sí pero, pese a su viril empeño, aún no creía merecer.

—Perry, permítame presentarle a mi buen amigo y cliente, el señor Dima, de Rusia —anunció Mark, insuflando un ceremonioso soniquete a su empalagosa voz—. Dima opina que han hecho ustedes un partido fenomenal, ¿verdad que sí? Como buen conocedor del deporte de la raqueta, ha estado viéndolos jugar con admiración, me permito decir, ¿no, Dima?

—¿Jugamos? —propuso Dima con expresión de disculpa, sin apartar sus ojos castaños de Perry, quien para entonces se había erguido ya cuan alto era y permanecía allí inmóvil, un tanto incómodo.

—Hola —saludó Perry con la respiración aún un poco agitada, y tendió una mano sudorosa. La mano de Dima era la de un artesano metido en carnes, con una pequeña estrella o asterisco tatuado en el segundo nudillo del pulgar—. Y esta es Gail Perkins, mi cómplice en el delito —añadió, sintiendo la necesidad de introducir un ritmo más pausado.

Pero Mark el profesional, anticipándose a Dima, dejó escapar un resoplido de adulatora protesta.

—¿Cómo que «delito», Perry? —objetó—. ¡Habrase visto, Gail! Han hecho un juego de fábula, las cosas como son. Un par de esos reveses paralelos estaban a la altura de los mismísimos dioses, ¿o no, Dima? Usted mismo lo ha dicho. Lo hemos visto desde la tienda. Por el circuito cerrado.

—Dice Mark que juega usted en Queen's —comentó Dima,

su sonrisa de delfín dirigida a Perry, la voz pastosa, grave y gutural, y vagamente americana.

—Bueno, de eso hace ya unos años —respondió Perry con modestia, todavía ganando tiempo.

—Dima ha adquirido recientemente Las Tres Chimeneas, ¿eh, Dima? —dijo Mark como si la noticia, por alguna razón, confiriese mayor interés a la propuesta de jugar un partido—. El mejor enclave en este lado de la isla, ¿eh, Dima? Tiene grandes planes para esos terrenos, por lo que hemos oído. Y según creo, ustedes dos están en el Captain Cook, uno de los mejores bungalows del hotel, en mi opinión.

Allí se alojaban, sí.

—Pues ya ven: son vecinos, ¿eh, Dima? Las Tres Chimeneas está justo en la punta de la península, al otro lado de la ensenada, enfrente de ustedes. La última gran finca no urbanizada de la isla, pero eso Dima tiene previsto remediarlo, ¿me equivoco, señor mío? Se habla de una emisión de acciones preferenciales para los isleños, cosa que, a mi modo de ver, es una idea más que aceptable. Entretanto permite allí alguna que otra acampada, por lo que he oído. Acoge a parientes y amigos de mentalidad afín. Eso lo admiro. Yo y todo el mundo. En una persona con sus medios, es lo que yo llamo tenerlos bien puestos.

—¿Jugamos?

—¿A dobles? —preguntó Perry, desprendiéndose de la intensa mirada de Dima para volverse con cara de incertidumbre hacia Gail.

Sin embargo Mark, establecida ya su cabeza de puente, aprovechó la ventaja.

—Gracias por el ofrecimiento, Perry, pero a Dima no le van los dobles, siento decir —se apresuró a aclarar taxativamente—. Nuestro amigo aquí presente solo juega individuales, ¿me equivoco, caballero? Es usted un hombre independiente. Prefiere ser el responsable de sus errores, como me dijo una vez.

Esas fueron sus palabras textuales hace no mucho, y yo me las tomé al pie de la letra.

Viendo que ahora Perry se sentía dividido pero también tentado, Gail acudió en su rescate:

—Por mí no te preocupes, Perry. Si quieres jugar individuales, no tengo inconveniente.

—Perry, creo que haría mal en no aceptar a este caballero —dijo Mark, de nuevo a la carga—. Si yo fuera aficionado a las apuestas, no sabría por quién decantarme, como lo oye.

Y cuando Dima se alejó, ¿era eso una cojera? ¿Ese pie derecho ligeramente arrastrado? ¿O era solo el esfuerzo de acarrear esa enorme mitad superior del cuerpo a todas horas del día?

¿Fue también entonces cuando Perry se fijó por primera vez en los dos hombres blancos que rondaban, ociosos, por la entrada de la pista, uno con las manos relajadamente detrás de la espalda, el otro con los brazos cruzados ante el pecho? ¿Los dos con calzado deportivo? ¿Uno rubio, con cara de niño, el otro moreno y lánguido?

De ser así, fue solo de manera inconsciente, sostuvo de mala gana ante el hombre que se hacía llamar Luke y la mujer que se hacía llamar Yvonne, diez días más tarde, cuando estaban los cuatro sentados a una mesa de comedor oval en el sótano de una bonita casa adosada victoriana en Bloomsbury.

Los había llevado allí un hombre corpulento y afable, con boina y un pendiente, que se presentó como Ollie, pasándolos antes a recoger en un taxi negro por el piso de Primrose Hill. Luke les había abierto la puerta; Yvonne aguardaba de pie detrás de Luke. En un vestíbulo que olía a pintura reciente, con una tupida moqueta, saludaron a Perry y Gail con un apretón de manos; después Luke les dio las gracias por ir, y los condujeron escalera abajo hasta aquel sótano reformado, con su mesa, sus seis sillas y una cocina americana. Las ventanas de

crystal esmerilado, en forma de media luna y encastradas en el muro exterior, se oscurecían al pasar por la acera los pies desdibujados de los viandantes.

A continuación se vieron despojados de sus móviles e invitados a firmar una declaración conforme a la Ley de Secretos Oficiales. Gail, la abogada, leyó el texto y se indignó.

—Ni muerta —exclamó, en tanto que Perry, diciendo entre dientes «¿Qué más da?», firmó con impaciencia.

Gail, después de tachar un par de cosas y añadir su propio redactado, firmó bajo protesta. En el sótano, la iluminación se reducía a una única lámpara, de luz tenue, suspendida sobre la mesa. Las paredes de obra vista despedían un leve olor a oportito añejo.

Luke era un cuarentón de aspecto distinguido, bien afeitado y, a ojos de Gail, un tanto bajo. Los espías de sexo masculino, se dijo con una falsa jocosidad suscitada por el nerviosismo, deberían venir en tallas más grandes. Con su porte erguido, su impecable traje gris y unos pequeños cuernos de cabello cano fluctuando por encima de las orejas, recordaba más bien a un jockey amateur de club de campo con su mejor traje.

Yvonne, por su parte, no podía ser mucho mayor que Gail. En la primera impresión, Gail la encontró remilgada pero, a su manera intelectualoide, guapa. Con su insípido traje sastre, el pelo a lo paje y sin maquillar, aparentaba más años de los necesarios y, para ser una espía de sexo femenino —de nuevo conforme al criterio resueltamente frívolo de Gail—, tenía un aire demasiado formal.

—De hecho, pues, no los identificaron ustedes como guardaespaldas —observó Luke, volviendo con avidez su cuidada cabeza para mirar alternativamente a Perry y Gail desde el otro lado de la mesa—. Al quedarse solos, ¿no hicieron ningún comentario? Algo así como «Eh, eso era un tanto raro; parece que el tal Dima, quienquiera que sea, llevaba no poca protección», por decir algo.

¿De verdad es así como hablamos Perry y yo?, se preguntó Gail. Primera noticia.

—Yo sí los vi, claro —admitió Perry—. Pero si la pregunta es: ¿me llamaron de algún modo la atención?, la respuesta es no. Un par de tipos buscando con quien echar un partido, debí de pensar, si es que pensé algo —y pellizcándose la frente con sus largos dedos, muy serio—; o sea, uno no piensa, así sin más, «esos son guardaespaldas», ¿eh que no? Bueno, puede que ustedes sí. Viven en ese mundo, imagino. Pero si uno es un ciudadano de a pie, esa posibilidad ni se le pasa por la cabeza.

—¿Y usted qué me dice, Gail? —preguntó Luke con imperiosa solicitud—. Usted entra y sale de los juzgados a diario. Ve el mundo de la maldad en su más horrendo esplendor. ¿No le despertaron alguna sospecha?

—Debí de pensar que eran un par de tíos dándome un repaso, y eso si es que me fijé en ellos, así que no presté atención —contestó Gail.

Pero Yvonne, ojito derecho del maestro, no tuvo bastante ni mucho menos.

—Y esa noche, Gail, al reflexionar sobre el día, ¿de verdad no se plantearon quiénes eran esos dos hombres de más que rondaban por allí? —¿Era acaso escocesa? Bien podía serlo, pensó Gail, la hija de actores, que se preciaba de un oído infalible para los acentos.

—Era nuestra primera noche en el hotel, propiamente hablando —contestó Gail en un arrebato de exasperación nerviosa—. Perry había encargado una cena a la luz de las velas en el Captain's Deck, ¿vale? Teníamos allí mismo las estrellas y la luna llena y las ranas toro en pleno apareamiento y la estela de la luna que llegaba casi a nuestra mesa... ¿Cree que íbamos a pasarnos la noche mirándonos a los ojos y hablando de los gorilas de Dima? Vamos, por favor... —Y temiendo haber sido más irrespetuosa de lo que pretendía—: De acuerdo, sí hablamos de Dima... brevemente. Es una de esas personas que se te

quedan grabadas en la retina. De pronto era nuestro primer oligarca ruso, y al cabo de un momento Perry ya estaba flagelándose por haber accedido a jugar un partido con él y quería llamar al profesional para suspenderlo. Yo le conté que había bailado con hombres como Dima y que tenían una técnica asombrosa. Al oír eso, ya te quedaste callado, ¿eh que sí, Perry, cariño?

Separados entre sí por una brecha tan ancha como el océano Atlántico que habían cruzado en fecha reciente, y sin embargo dando gracias por poder desahogarse ante dos oyentes curiosos por oficio, Perry y Gail reanudaron la historia.

Las siete menos cuarto de la mañana siguiente. Mark los esperaba en lo alto de la escalera de piedra, ataviado con su mejor equipo blanco y sosteniendo dos botes con pelotas de tenis refrigeradas y un café en un vaso de papel.

—Me temía que se les hubieran pegado las sábanas, encantadora pareja —saludó con entusiasmo—. Vamos bien de hora, eh, no se preocupen. Gail, ¿qué tal está hoy? Como una rosa, si me permite decirlo. Usted primero, Perry. No hay de qué. Vaya día, ¿eh? Vaya día.

Perry encabezó la marcha por el segundo tramo de escalera hasta donde esta torcía a la izquierda. Al doblar el recodo, se topó de bruces con los mismos dos hombres de las cazadoras que la noche anterior deambulaban por allí, los dos que daban un repaso a Gail, según pensó ella, y eso si es que se fijó en ellos. Estaban apostados a ambos lados del arco de flores que, como un pasillo nupcial, daba acceso a la puerta de la pista central, un mundo aparte en sí misma, delimitada por los cuatro costados con vallas de lona y setos de hibisco de siete metros de altura.

Al verlos acercarse a los tres, el rubio con cara de niño dio medio paso al frente y, con una sonrisa desabrida, separó las manos en el gesto clásico de quien va a cachear a alguien. Des-

concertado, Perry se plantó cuan alto era, aún demasiado lejos para un cacheo pero a no más de dos metros, con Gail a su lado. Cuando el hombre dio otro paso al frente, Perry retrocedió, arrastrando a Gail consigo y exclamando:

—¿Qué demonios pasa aquí?

A efectos prácticos, se dirigía a Mark, ya que ni el cara de niño ni su compañero moreno dieron señales de haber oído la pregunta, y menos aún de haberla entendido.

—Servicio de seguridad, Perry —explicó Mark, restregándose contra Gail al acercarse a Perry para susurrarle con tono tranquilizador—: Rutina.

Perry, inmóvil, alargó el cuello hacia delante y a un lado mientras digería esta información.

—¿Seguridad de quién exactamente? No lo capto. —A Gail—: ¿Y tú?

—Tampoco —coincidió ella.

—El servicio de seguridad de Dima, Perry. ¿De quién va a ser? Está podrido de pasta. Un pájaro gordo a nivel internacional. Estos chicos solo obedecen órdenes.

—¿Órdenes de usted, Mark? —volviéndose y escrutándolo con mirada acusadora a través de las gafas.

—Perry, no diga tonterías. Órdenes de Dima, no mías. Son los muchachos de Dima. Van con él a todas partes.

Perry volvió a fijar la atención en el guardaespaldas rubio.

—Señores, ¿hablan ustedes inglés por casualidad? —preguntó. Y como aquella cara de niño no se inmutó, o acaso se mostrase aún más imperturbable, Perry añadió—: No habla inglés, parece. Ni lo oye, por lo que se ve.

—Por Dios, Perry —suplicó Mark, tiñéndose su rostro de un tono rojo más intenso—. Solo un vistazo a la bolsa, y listos. No es nada personal. Rutina, como le digo. Igual que en cualquier aeropuerto.

Perry se volvió de nuevo hacia Gail.

—¿Tienes alguna opinión al respecto?

—Desde luego que sí.

Perry ladeó la cabeza en la otra dirección.

—A ver, Mark, necesito que me lo aclare bien —explicó, haciendo valer su autoridad pedagógica—. La persona que ha propuesto este partido de tenis conmigo, Dima, desea asegurarse de que no voy a lanzarle una bomba. ¿Es eso lo que dan a entender estos hombres?

—Este es un mundo muy peligroso, Perry. Tal vez usted no se haya enterado, pero los demás sí lo sabemos, y procuramos convivir con ello. Con el debido respeto, le recomiendo encarecidamente que siga el juego.

—Otra posibilidad sería que lo abatiera a tiros con mi Kaláshnikov —continuó Perry, levantando su bolsa de tenis un par de centímetros para indicar dónde guardaba el arma, ante lo que el segundo hombre abandonó la sombra de los arbustos y se situó junto al primero, bien que las expresiones faciales de ambos seguían siendo inescrutables.

—Perdone que se lo diga, señor Makepiece, pero está haciendo una montaña de un grano de arena —protestó Mark. Aquella cortesía suya adquirida con tanto esfuerzo empezaba a ceder gradualmente bajo la tensión—. Tenemos por delante un gran partido de tenis. Estos muchachos cumplen con su obligación y, a mi entender, la cumplen de una manera muy educada y profesional. Francamente, caballero, no entiendo dónde está el problema.

—Ah. El «problema» —reflexionó Perry, eligiendo la palabra como útil punto de partida para un debate en grupo con sus alumnos—. Permítame, pues, que le explique el problema. En realidad, si nos paramos a pensar, los problemas son varios. El primero es que nadie mira dentro de mi bolsa de tenis sin mi permiso, y en esta ocasión no concedo mi permiso. Y tampoco mira nadie dentro del bolso de esta señora. —Señalando a Gail—. Son aplicables las mismas reglas.

—Con todo rigor —confirmó Gail.

—Segundo problema. Si su amigo Dima piensa que voy a asesinarlo, ¿por qué me pide que juegue al tenis con él? —Después de dejar un holgado margen de tiempo para la respuesta, y viendo que no recibía ninguna, aparte de un expresivo sorbetón de aire entre los dientes, Perry prosiguió—: Y el tercer problema es que, de momento, la propuesta es unilateral. ¿Acaso he pedido yo a Dima que me deje mirar dentro de su bolsa? No. Ni lo deseo. Tal vez pueda explicárselo usted cuando le presente mis disculpas. Gail. ¿Y si atacamos ese magnífico bufet de desayuno por el que ya hemos pagado?

—Buena idea —dijo Gail con entusiasmo—. No me había dado cuenta del hambre que tengo.

Se dieron media vuelta, y se alejaban ya escalera abajo, haciendo caso omiso de las súplicas del profesional residente, cuando se abrió la puerta de la pista y Dima, con su voz de bajo, los obligó a detenerse.

—No se me escape, señor Perry Makepiece. Si quiere volar los sesos, hágalo con la puñetera raqueta.

—¿Y la edad de ese hombre, Gail? ¿Cuántos años le echa? —preguntó Yvonne, la intelectualoide, tomando nota en su cuaderno con afectada precisión.

—¿El cara de niño? Veinticinco, como mucho —contestó ella, y una vez más deseó encontrar un término medio entre la ligereza y el miedo.

—¿Perry? ¿Cuántos años?

—Treinta.

—¿Estatura?

—Por debajo de la media.

Perry, cariño, si tú mides un metro ochenta y cinco, todos estamos por debajo de la media, pensó Gail.

—Un metro setenta y cinco —agregó ella.

Y el pelo rubio, muy corto, coincidieron ambos.

—Y llevaba una pulsera, una cadena de oro —recordó ella, para su sorpresa—. Una vez tuve un cliente que llevaba una igual. Si algún día se encontraba en un apuro, para salir del paso, desprendería los eslabones, uno por uno, y los vendería.

Con las uñas sin pintar y bien recortadas para mayor comodidad, Yvonne empuja un fajo de fotografías de prensa hacia ellos por encima de la mesa oval. En primer plano, media docena de jóvenes fornidos con trajes a lo Armani da la enhorabuena a un caballo vencedor, con las copas de champán en alto para la cámara. Al fondo, vallas publicitarias en cirílico e inglés. Y en el extremo izquierdo, con los brazos cruzados ante el pecho, el guardaespaldas con cara de niño, la cabeza rubia casi rapada. A diferencia de sus tres compañeros, no lleva gafas de sol. Pero en la muñeca izquierda luce una cadena de oro.

Perry adopta un aire de cierta suficiencia. Gail empieza a sentir náuseas.

2

Gail no acababa de entender por qué recaía en ella la mayor parte de la conversación. Al hablar, escuchaba las reverberaciones de su propia voz devueltas por las paredes de obra vista del sótano, como le ocurría en el juzgado: ahora aparento justificada indignación, ahora aparento mordaz escepticismo, ahora me parezco a mi deplorable madre después del segundo gin-tonic la última vez que supe de ella.

Y esa noche, pese a todos sus esfuerzos por disimularlo, de vez en cuando se sorprendía a sí misma en un estremecimiento de miedo que no estaba previsto en el guión. Si el público, al otro lado de la mesa, no lo percibía, ella sí. Y mucho se equivocaba, o también Perry, a su lado, lo percibía, porque en ocasiones inclinaba la cabeza hacia ella sin más razón que mirarla con intranquila ternura a pesar del abismo de cinco mil kilómetros que los separaba. Y en ocasiones llegaba al extremo de darle un acucioso apretón de mano bajo la mesa antes de tomar el relevo, en la idea errónea pero perdonable de que así concedía un respiro a sus emociones, cuando en realidad sus emociones se limitaban a pasar a la clandestinidad, reagruparse y reemprender la lucha aún con mayor denuedo tan pronto como tenían la oportunidad.

Si bien no puede decirse que Perry y Gail entraran parsimoniosamente en la pista central, sí es verdad —en eso coincidieron— que se lo tomaron con calma. Estuvo primero el paseílo a través del arco de flores, con los guardaespaldas en el papel de guardia de honor, sujetándose Gail el ala de la pamea y arremolinando la vaporosa falda.

—Exageré un poco la nota —reconoció ella.

—¡Y cómo! —convino Perry ante las sonrisas contenidas al otro lado de la mesa.

Siguió cierto revuelo en la entrada de la pista cuando de repente Perry pareció pensárselo mejor, hasta que quedó claro que retrocedía solo para ceder el paso a Gail, quien entonces lo precedió con señorial sosiego para insinuar que si bien la planeada ofensa no se había concretado, la posibilidad no podía descartarse aún. Y detrás de Perry entró Mark.

Dima, en la pista central de cara a ellos, extendió los brazos en un amplio gesto de bienvenida. Lucía una camiseta azul, aterciopelada, de manga larga y cuello redondo y unas bermudas negras hasta por debajo de las rodillas. Una visera verde, semejante a un pico, sobresalía de su calva, que brillaba ya bajo el sol de primera hora de la mañana. Perry incluso se preguntó, según dijo él mismo, si Dima se había untado la cabeza de aceite. Para complementar el Rolex con piedras preciosas, adornaba su enorme cuello una cadenita de oro con vagas connotaciones místicas: otro reflejo, otra distracción.

Pero cuando Gail entró, para su sorpresa, no era Dima el principal foco de atención, dijo ella. En la grada, detrás de él, se congregaba una concurrencia variopinta —y extraña, a ojos de Gail—, formada por niños y adultos.

—Como un grupo de macabras figuras de cera —declaró Gail—. No era solo por lo peripuestos que se los veía a esa hora intempestiva, las siete de la mañana. Era por su silencio absoluto y sus caras de pocos amigos. Me senté abajo, en la

primera grada, que estaba vacía, y pensé: Dios mío, pero ¿esto qué es? ¿Un tribunal popular, una procesión religiosa, o qué?

Hasta los niños parecían distanciados entre sí. Estos enseguida despertaron su interés, como le ocurría siempre con los niños. Contó cuatro.

—Dos niñas muy mustias de unos cinco y siete años, con vestidos oscuros y gorros de playa, muy arrimadas a una mujer negra, pechugona, una niñera o algo así—explicó Gail, decidida a impedir que las emociones se le adelantasen—. Y dos adolescentes, dos chicos rubísimos con pecas y ropa de tenis. Y todos tan alicaídos como si los hubieran sacado a patadas de la cama y llevado hasta allí a rastras a modo de castigo.

En cuanto a los adultos, sencillamente eran tan ajenos a aquello, tan voluminosos y tan distintos de todo que parecían salidos de una viñeta de Charles Addams, prosiguió Gail. Y no era solo por su apariencia endomingada o sus peinados de los años setenta. O por el hecho de que las mujeres, pese al calor, vistieran como en lo más crudo del invierno. Era el aire de pesadumbre común a todos ellos.

—¿Por qué nadie habla?—preguntó Gail en un susurro a Mark, quien, como surgido de la nada, había ocupado el asiento contiguo sin previa invitación.

Mark se encogió de hombros.

—Rusos.

—¡Pero si los rusos hablan sin parar!

Estos rusos no, dijo Mark. Casi todos habían llegado en los últimos días y aún tenían que acostumbrarse al Caribe.

—Allí ha pasado algo—comentó, señalando con la cabeza hacia el otro lado de la ensenada—. Cuenta radio macuto que han montado una especie de cónclave familiar, no siempre en paz y armonía. No sé cómo se las arreglan con la higiene personal. La mitad de las cañerías está que se cae.

Gail se fijó en dos hombres obesos: uno, hablando en susu-

ros por un móvil, llevaba un sombrero de fieltro marrón; el otro, una boina escocesa coronada con una borla roja.

—Primos de Dima —aclaró Mark—. Aquí todo el mundo es primo de alguien. De Perm, son.

—¿Perm?

—Sí, encanto, Perm. En Rusia. No tiene nada que ver con la *permanente*; es un pueblo.

Una grada más arriba estaban los dos chicos rubísimos, mascando chicle como si lo odiaran. Los hijos de Dima, gemelos, dijo Mark. Y sí, cuando Gail los miró otra vez, vio el parecido: pechos robustos, espaldas rectas, y unos ojos castaños de expresión lánguida y sensual que ya posaban en ella con avidez.

Tomó aire, una bocanada rápida y silenciosa, y lo expulsó. Se acercaba a lo que, en una disertación jurídica, habría sido la pregunta clave, esa que teóricamente debía reducir a escombros en el acto al testigo. Solo que ahora el testigo era ella misma. Pero cuando reanudó la conversación, advirtió complacida que no se percibía estremecimiento alguno en la voz devuelta por la pared de obra vista, ni titubeos ni otras alteraciones reveladoras:

—Y sentada aparte... expresivamente aparte, diría yo... había una preciosidad de chica de quince o dieciséis años, muy modosa, ella, con una melena negra azabache hasta los hombros y uniforme de colegiala, blusa y falda azul marino por encima de las rodillas, que no parecía acompañar a nadie. Así que pregunté a Mark quién era. Naturalmente.

Muy naturalmente, a decir verdad, decidió con alivio al oírse: ni una sola ceja enarcada en torno a la mesa. Bravo, Gail.

—«Se llama Natasha», me informó Mark. «Una flor en espera de que alguien la arranque», para hablar en cristiano, según él. «Hija de Dima pero no de Tamara. La niña de los ojos de su padre.»

¿Y qué hacía la hermosa Natasha, hija de Dima pero no de Tamara, a las siete de la mañana mientras supuestamente debía ver a su padre jugar al tenis?, preguntó Gail a su público. Leía

un mamotreto encuadrado en piel, que mantenía sujeto en el regazo como un escudo de la virtud.

—Pero guapa guapa, de caerse de espaldas —insistió Gail. Y como de pasada—: O sea, preciosa de verdad. —Y de pronto pensó: Dios mío, empiezo a hablar como una tortillera cuando mi propósito es aparentar despreocupación.

Pero tampoco esta vez Perry y sus interrogadores notaron, por lo visto, nada anormal.

—¿Y dónde está esa Tamara que no es la madre de Natasha? —preguntó a Mark con severidad, aprovechando la ocasión para apartarse un poco de él.

—Dos gradas más arriba, a su izquierda. Una señora muy devota. Conocida aquí como la Monja.

Gail se volvió sin muchas contemplaciones y posó la mirada en una mujer de apariencia espectral, vestida de negro de la cabeza a los pies. El pelo, también negro aunque salpicado de canas, lo llevaba recogido en un moño. La boca, paralizada en un arco descendente, parecía no saber qué era una sonrisa. Lucía un pañuelo de chiffón de color malva.

—Y en el pecho una cruz ortodoxa de oro con un travesaño de más, digna de un obispo —exclamó Gail—. De ahí el mote, «la Monja», cabe suponer. —Y como si acabara de ocurrírsele—: Pero vaya si se hacía notar, la señora. Esa sí era el centro de la escena. —Reminiscencias de sus padres actores—. Su fuerza de voluntad se palpaba en el aire. Incluso Perry la percibió.

—Eso fue más tarde —advirtió Perry, eludiendo su mirada—. No les interesan nuestras opiniones a posteriori.

«En fin, la mía en particular no he podido darla, eso desde luego, ni a posteriori ni antes, ¿eh que no?», estuvo a punto de replicar; pero, en su alivio por haber superado el obstáculo de Natasha, lo dejó correr.

Algo en Luke, aquel individuo bajo e impecable, la distraía: la forma en que ella, sin proponérselo, captaba su mirada una y otra vez; la forma en que él captaba la de ella. Al principio se

preguntó si era gay, hasta que lo sorprendió echándole una ojeada muy heterosexual a la pechera de su vestido. Es por la gallardía del perdedor que se trasluce en él, decidió; por ese aire propio de quienes luchan hasta el último hombre, cuando el último hombre es él. Durante los años en que esperaba a Perry se había acostado con no pocos hombres, y a uno o dos les había dicho que sí por amabilidad, solo para demostrarles que eran mejores de lo que pensaban. Luke le recordaba a ellos.

En cambio Perry, concentrado en sus ejercicios de calentamiento previos al partido con Dima, apenas se había molestado en mirar a los espectadores, sostuvo, hablando con la mirada fija en sus manos enormes extendidas sobre la mesa ante él. Era consciente de su presencia en las gradas, los había saludado con la raqueta sin recibir la menor respuesta. Pero básicamente estaba muy ocupado poniéndose las lentillas, apretándose los cordones de las zapatillas, embadurnándose de protector solar, preocupándose por el mal rato que Mark haría pasar a Gail, y en general preguntándose cuánto tardaría en ganar para poder marcharse. Además, su contrincante, de pie a un metro de él, había empezado a interrogarlo.

—¿Le molestan? —preguntó Dima en voz baja y con toda seriedad—. ¿Mi hinchada? ¿Quiere que los mande a casa?

—Ni mucho menos —contestó Perry, picado aún por su roce con los guardaespaldas—. Son amigos suyos, imagino.

—¿Es usted británico?

—Lo soy.

—¿Británico inglés? ¿Galés? ¿Escocés?

—Inglés a secas, de hecho.

Tras escoger un banco, Perry dejó caer la bolsa de tenis, la misma que no había dejado inspeccionar a los guardaespaldas, y descorrió la cremallera de un tirón. Extrajo una cinta para el pelo y una muñequera.

—¿Es usted sacerdote? —preguntó Dima con igual seriedad.

—¿Por qué lo dice? ¿Necesita uno?

—¿Médico? ¿Se dedica a alguna rama de la medicina?

—Tampoco soy médico, lamento decir.

—¿Abogado?

—Solo juego al tenis.

—¿Banquero?

—Dios me libre —contestó Perry, irritado, y jugueteó con un gorro de playa raído antes de volver a echarlo a la bolsa.

Pero en realidad sentía algo más que irritación. Se había visto avasallado, y no le gustaba que lo avasallaran. Avasallado por el profesional residente, y avasallado por los guardaespaldas, si lo hubiera consentido. Y sí, es cierto que no lo había consentido, pero su presencia en la pista —instalados a ambos extremos como jueces de línea— bastaba para mantener viva su ira. Más al caso: había sido avasallado por el propio Dima, y el hecho de que Dima hubiera arrastrado hasta allí por la fuerza a aquella panda de indocumentados a las siete de la mañana para verlo ganar no hacía más que agravar la afrenta.

Dima había metido una mano en el bolsillo de sus bermudas negras y sacado una moneda de plata de cincuenta centavos con la cara de John F. Kennedy.

—¿Quiere saber una cosa? Según mis hijos, he pedido a algún mangante que amañe esto para que gane yo —contó en confianza, señalando con su cabeza calva a los dos chicos pecosos en las gradas—. Como gane en el lanzamiento de moneda, mis propios hijos pensarán que los puñeteros cincuenta centavos están trucados. ¿Tiene hijos?

—No.

—¿Quiere alguno?

—A la larga. —Dicho de otro modo: «No se meta donde no lo llaman».

—¿Cara o cruz?

«Mangante», repitió Perry para sí. ¿De dónde había sacado una palabra como «mangante» un hombre que hablaba un inglés macarrónico con cierto dejo del Bronx? Pidió cruz, perdió y oyó una risotada de escarnio, la primera señal de interés que se dignaba mostrar alguien entre el público. Fijó su mirada profesoral en los dos hijos de Dima, que se tapaban la sonrisa burlona con las manos. Dima volvió la vista al sol y eligió el lado de la cancha en sombra.

—¿Qué raqueta es esa? —preguntó con un destello en los ojos castaños de expresión melancólica—. Parece antirreglamentaria. Da igual, le ganaré de todos modos. —Y mientras se alejaba por la pista—: Vaya un bombón de chica, la suya. Vale unos cuantos camellos. Mejor será que se case pronto con ella.

¿Y cómo demonios sabe que no estamos casados?, se preguntó Perry, airado.

Perry ha hecho cuatro aces consecutivos, igual que contra la pareja india, pero está pegándole con demasiada fuerza, lo sabe, y le trae sin cuidado. Al devolver el servicio a Dima, hace lo que ni se le ocurriría hacer a menos que hubiese alcanzado su mejor nivel de juego y se enfrentase a un rival mucho más débil: espera en una posición adelantada, con las puntas de los pies prácticamente en la línea de fondo, atajando la pelota con medias voleas, cruzándola o ajustándola a la raya lateral, donde está, cruzado de brazos, el guardaespaldas con cara de niño. Pero solo durante el primer par de saques, porque Dima enseguida ve por dónde van los tiros y lo obliga a retroceder hacia el fondo, como debe ser.

—Así que empecé a calmarme un poco, supongo —admitió Perry, dedicando una sonrisa compungida a sus interlocutores y, al mismo tiempo, frotándose la boca con el dorso de la muñeca.

—Perry iba en plan gallito —corrigió Gail—. Y Dima era un tenista nato. Para su peso, estatura y edad, increíble. ¿No es

así, Perry? Y además jugaba con una gran deportividad. Encantador. Tú mismo lo dijiste. Dijiste que desafiaba las leyes de la gravedad.

—No saltaba a por la pelota. Levitaba —concedió Perry—. Y sí, era de una gran deportividad, más no podía pedirse. Al principio me temía que aquello acabase en una sucesión de rabietas y discusiones por si la bola había entrado o no. Pero no hubo nada de eso. La verdad es que daba gusto jugar con él. Y era astuto como un centenar de zorros. Retrasaba el golpe hasta el ultimísimo momento e incluso más allá.

—Y eso que cojeaba —intervino Gail con entusiasmo—. Jugaba ladeado y arrastraba la pierna izquierda, ¿eh que sí, Perry? Y estaba tieso como una vara. Y llevaba una rodillera. ¡Y aun así, levitaba!

—Sí, bueno, tuve que moderarme un poco —admitió Perry, incómodo, hincándose los dedos en la frente—. A medida que avanzaba el partido, sus gruñidos eran cada vez más molestos para el oído, la verdad.

A pesar de tanto gruñido, Dima siguió interrogando a Perry entre juego y juego.

—¿Es usted un científico importante? ¿Quiere volar el mundo? ¿Con la misma rabia con la que saca? —preguntó, y tomó un trago de agua helada.

—Nada más lejos.

—¿Un *apparatchik*?

El juego de las adivinanzas ya se alargaba demasiado.

—Doy clases, eso hago —contestó Perry mientras pelaba un plátano.

—¿Da clases? ¿A alumnos? ¿Da clases en ese sentido? ¿Como un catedrático?

—Exacto. Doy clases a alumnos. Pero no soy catedrático.

—¿Dónde?

—Actualmente en Oxford.

—¿En la Universidad de Oxford?

—Así es.

—¿De qué da clase?

—De literatura inglesa —contestó Perry, sin el menor deseo de explicar a un total desconocido, en ese preciso momento, que su futuro estaba abierto a cualquier posibilidad.

Sin embargo la satisfacción de Dima no conocía límites:

—Y dígame: ¿conoce a Jack London, el número uno de los escritores ingleses?

—No en persona. —Era un chiste, pero Dima no lo compartió.

—¿Le cae bien?

—Lo admiro.

—¿Y Charlotte Brontë? ¿También le cae bien?

—Mucho.

—¿Y Somerset Maugham?

—No tanto, lamento decir.

—¡Yo tengo libros de todos esos! ¡A cientos! ¡En ruso! ¡Estanterías y estanterías!

—Enhorabuena.

—¿Ha leído a Dostoievski? ¿A Lermontov? ¿A Tolstoi?

—Claro.

—Yo los tengo todos. Todos los número uno. Tengo a Pasternak. ¿Sabe una cosa? Pasternak escribió sobre mi pueblo. Lo llamó Yuriatin. Pero es Perm. Ese chiflado lo llamó Yuriatin, el muy cabrón, a saber por qué. Los escritores hacen cosas así. Están todos mal de la cabeza. ¿Ve a mi hija, allí arriba? Esa es Natasha. El tenis le importa un carajo, le encantan los libros. ¡Eh, Natasha, ven a saludar al catedrático!

Tras cierta dilación para poner de manifiesto que la están importunando, Natasha levanta la cabeza distraídamente y se aparta el pelo lo justo para permitir que Perry quede atónito por su belleza antes de concentrarse de nuevo en su mamotreto encuadrado en piel.

—La abochorno. No le gusta que levante la voz al hablarle.

¿Ve ese libro que lee? Turguéniev. Un número uno entre los rusos. Lo he comprado yo. Ella quiere un libro, yo se lo compro. Venga, Catedrático. Saca usted.

—A partir de ese momento fui «el Catedrático». Le repetí una y otra vez que no lo era, pero a él tanto se le daba, y al final desistí. Al cabo de un par de días, medio hotel me llamaba «Catedrático», lo que se le hace a uno muy raro cuando ha decidido que ya ni siquiera es profesor universitario.

Al cambiar de lado, Perry ve, para su consuelo, que Gail se ha desprendido del persistente Mark y se ha acomodado en la grada superior entre dos niñas.

El juego iba adquiriendo un ritmo aceptable, dijo Perry. No era un partido extraordinario, pero sí resultaba —siempre y cuando él aflojara en su juego— entretenido de ver, suponiendo que alguien allí quisiera entretenerse, cosa que seguía siendo más que dudosa, ya que, salvo los gemelos, los espectadores en poco se diferenciaban de los asistentes a un acto evangelista. Con eso de «aflojar en el juego» se refería a ralentizarlo un poco, darle a alguna que otra pelota que iba fuera, o devolver un *drive* sin fijarse mucho dónde había caído. Pero como la distancia entre los dos —en edad, destreza y movilidad, si Perry tenía que ser sincero— a esas alturas era ya ostensible, su única preocupación estribaba en tomárselo relajadamente, dejar intacta la dignidad de Dima y disfrutar de un desayuno tardío con Gail en el Captain's Deck: o eso creía hasta que, mientras cambiaban de lado, Dima lo agarró por el brazo y, con un gruñido de indignación, dijo:

—Me ha tomado por maricón, Catedrático.

—¿Qué?

—Esa bola larga se iba fuera. Usted ha visto que se iba fuera, y la ha jugado. ¿Me ve como un viejo gordo que va a caerse muerto si no lo trata con delicadeza?

—Iba a la línea.

—Yo juego a ganar, Catedrático. Si quiero algo, lo cojo, joder. A mí nadie me toma por maricón, ¿me oye? ¿Quiere jugarse mil pavos? ¿Darle interés al juego?

—No, gracias.

—¿Cinco mil?

Perry se echó a reír y negó con la cabeza.

—Se achanta, ¿eh? Se achanta y no quiere apostar conmigo.

—Será eso —concedió Perry, sintiendo aún la presión de la mano de Dima en la parte superior del brazo izquierdo.

—¡Ventaja para Gran Bretaña!

La exclamación resuena en la pista y se apaga. Los gemelos prorrumpen en carcajadas nerviosas, aguardando la réplica del terremoto. Hasta ahora Dima ha tolerado sus esporádicos estallidos de hilaridad. Ya no más. Dejando la raqueta en el banco, sube ágilmente por la escalera de la grada y, alargando los brazos hacia los dos chicos, oprime sus respectivas narices con los dedos índices.

—¿Queréis que me quite el cinturón y os dé una buena tunda? —pregunta en inglés, cabe suponer que en atención a Perry y Gail, pues ¿qué otra razón podía tener para no dirigirse a ellos en ruso?

A lo que uno de los chicos contesta en mejor inglés que el de su padre:

—No llevas cinturón, papá.

Eso es la gota que colma el vaso. Dima abofetea al hijo más cercano con tal fuerza que el muchacho gira en dirección opuesta hasta que sus piernas topan contra la grada. Al primer bofetón sigue un segundo igual de sonoro, asestado al otro hijo con la misma mano, y Gail recuerda un paseo en compañía de su hermano mayor, un hombre con ambiciones sociales, un día que este sale a cazar faisanes con sus amigos ricos, actividad

que ella aborrece, y se cobra lo que él llama «uno de izquierda y uno de derecha», dando a entender que ha matado un faisán con cada cañón de la escopeta.

—Lo que a mí me chocó fue que ellos ni siquiera apartaron la cara. Allí sentados, encajaron el golpe sin más —comentó Perry, el hijo de maestros.

Pero lo más extraño, insistió Gail, fue cómo prosiguieron luego la conversación con la mayor cordialidad.

—¿Después queréis una clase de tenis con Mark? ¿O preferís volver a casa a oír a vuestra madre hablar de religión?

—Una clase, papá, por favor —dice uno de los chicos.

—Pues entonces basta ya de jarana, o esta noche os quedáis sin filete de Kobe. ¿Queréis filete de Kobe esta noche?

—Claro, papá.

—¿Y tú, Viktor?

—Claro, papá.

—Si queréis aplaudir, aplaudís al Catedrático, no al inútil de vuestro padre. Venid aquí.

Un caluroso abrazo para cada chico, y el partido prosigue sin más incidentes hasta su inevitable desenlace.

En la derrota, el comportamiento de Dima es de una efusividad embarazosa. No solo la acepta con elegancia, sino que se conmueve hasta derramar lágrimas de admiración y agradecimiento. Primero estrecha a Perry en el triple abrazo ruso contra su enorme pecho, tan duro como si fuera de asta, asegura Perry después. Mientras tanto, las lágrimas resbalan por sus mejillas, y por consiguiente llegan al cuello de Perry.

—Tiene usted el juego limpio de un puñetero inglés, ¿me oye, Catedrático? Es usted un puñetero caballero inglés, como esos que salen en los libros. Lo quiero, ¿me oye? Gail, venga aquí. —Para Gail el abrazo es incluso más reverente, y cauto, cosa que ella agradece—. Cuide de este bobo, ¿me oye? Da

pena jugando al tenis, pero es todo un caballero, vaya que si lo es. El Catedrático del juego limpio, eso es, ¿me oye? —repetiendo el mantra como si acabara de inventarlo él.

Se vuelve bruscamente para soltar un colérico berrido por un móvil que sostiene para él el guardaespaldas con cara de niño.

Los espectadores abandonan la pista poco a poco. Las niñas necesitan abrazos de Gail. Gail las complace gustosamente. Al pasar junto a Perry de camino a su clase de tenis, uno de los hijos de Dima, con la mejilla aún encendida por el bofetón, dice con acento americano: «Bien jugado, tío». La bella Natasha se une al desfile, el mamotreto encuadrado en piel entre las manos. Con el pulgar marca el punto donde se ha visto interrumpida su lectura. Cierra la marcha Tamara, del brazo de Dima, la cruz ortodoxa digna de un obispo resplandeciente bajo el sol, ya más alto. Después del partido, Dima camina con una cojera más acusada: inclinado hacia atrás, mentón al frente, cuadrando los hombros ante el enemigo. Los guardaespaldas acompañan al grupo por el tortuoso sendero de piedra. Tres monovolúmenes con ventanillas de cristal tintado aguardan detrás del hotel para llevarlos a casa. Mark, el profesional residente, es el último en marcharse.

—¡Un magnífico partido, señor mío! —con una palmada a Perry en el hombro—. Se da buena traza en la pista. Solo tiene que pulir el revés, si me permite el atrevimiento. A lo mejor deberíamos trabajarlo un poco, ¿no le parece?

Uno al lado del otro, Gail y Perry observan mudos el cortejo que, sorteando los baches, se aleja por la carretera y desaparece entre los cedros que ocultan a las miradas de los curiosos la casa llamada Las Tres Chimeneas.